

¿UNA FACULTAD O UNA EPOCA DISTINTA?

Rocío González E.**

Un grupo de adolescentes departe en uno de los corredores que da a los salones de clase. Visten uniforme: falda de cuadros verdes y blancos, blusa blanca de manga corta, zapatos mocasines y calcetines blancos. Es su primer día de ingreso a la universidad; se ven tímidas, temerosas y a la expectativa de todos los acontecimiento de ese día.

Han terminado su bachillerato e inician otra etapa de su vida; pero este paso no sería muy diferente del que venían acostumbradas a seguir, pues la disciplina, normas y formación dadas en la Escuela de Enfermería, poco diferían de la de cualquier colegio de la ciudad de Medellín o de otras regiones del país.

Era el año de 1961. La Escuela de Enfermería exigía por primera vez para el ingreso de sus estudiantes el sexto año de bachillerato y una entrevista que, las religiosas de La Presentación, como directoras de la misma, enfocaban hacia el tema de la composición familiar y los oficios o profesiones de los progenitores.

* Ganador del primer concurso literario *Mi paso por la facultad de enfermería* realizado con ocasión del cuadragésimo aniversario de la Facultad de Enfermería, Universidad de Antioquia. Medellín, julio 30 de 1990

** Profesora Departamento Materno-Infantil. Facultad Enfermería. Universidad de Antioquia.

Se decía que las religiosas eran “elitistas” en la escogencia de las candidatas, sin embargo no creo que esto fuese cierto, pues compartí mis estudios con alumnas de muy diferentes clases sociales. Por otra parte y a distancia, ¡Qué diferente se ve la concepción de clase que en ese entonces existía! No era la división sociológica de medida, en donde la técnica establece unos parámetros con base en las condiciones económicas que separan a los seres humanos. En ese entonces, ser de clase era tener clase, y ese tener clase correspondía a unos intangibles regidos por la altura del espíritu, la trayectoria de la raza, la grandeza del alma familiar.

Duraba la carrera en ese entonces tres años. No se hacía por semestres sino por años, y se otorgaba al terminarla el título de Enfermera General, que hoy en día correspondería al de Tecnóloga en Enfermería.

A los seis meses de iniciada y después de pasar un terrorífico examen oral y práctico sobre “Arte de Enfermería”, al que asistían la mayoría de profesoras como jurados, se realizaba una ceremonia muy similar a la que se presenta en nuestra televisión en un enlatado norteamericano llamado “Nightingales”. Se denominaba: “Imposición de tocas”. Era hermosísima y de gran significado, pues sellaba el compromiso de servicio y entrega de las enfermeras a sus enfermos. La joven por primera vez vestía el uniforme propio de enfermería y; con una lámpara encendida, que significaba la luz que debía proyectar en su quehacer profesional, desfilaba hasta llegar a donde la Madre superiora, quien, desde una plataforma le colocaba solemnemente sobre su cabeza la toca, símbolo mundial de la enfermera. Se percibía un gran silencio y emoción en los corazones de cada una era que de verdad existía vocación y firme convicción en la elección profesional.

Nuestra ceremonia era una liturgia que participaba de ese carácter de lo sagrado, tan olvidado hoy; porque el ser humano ha desacralizado los compromisos del espíritu y queriendo comprometerse con la informalidad, se ha quedado en la trivialidad y la chabacanería. Una ceremonia, así sea considerada hoy teatro medioeval, tuvo para nosotras el valor de estremecer la conciencia, en un momento de repercusiones intemporales; porque toca y luz, profesión y conciencia, emoción y compromiso, elaboraron en la memoria la síntesis de un recuerdo imposible de traicionar.

De si hubo influencias de la época, por lo llamativo del uniforme, la femi- nidad, el facilismo académico, no es posible descartarlos; pero la realidad muestra algo muy distinto: de cincuenta estudiantes de nuestro grupo el 95% continúa hoy, después de 25 años, ejerciendo su profesión con gran sacrificio y abnegación. Y digo sacrificio y abnegación porque la labor de la enfermera no es nada fácil... turnos agotadores de ocho, doce horas, en los que el dolor, la angustia, la violencia y la muerte son su constante visión. Mientras otros trabajadores de la salud duermen en los turnos de la noche, la enfermera trabaja, vigila, camina suavemente para no perturbar el sueño de sus pacientes.

La rutina, el contacto permanente con el dolor y la pobreza, ha mostrado en las investigaciones realizadas (Bogotá, Universidad Javeriana 1989) a la profesión de Enfermería como la mayor causante de estrés, entre veinticin- co profesiones analizadas. Este estrés no es siquiera parecido al de otras profesiones que tienen que ver con factores de riesgo vital; en la enferme- ría no se arriesga la vida, puede que ni siquiera se decida primariamente sobre su prolongación; en la enfermería todo el trayecto de la propia vida es un camino por el abismo del dolor, por la penumbra de los interro- gantes, por el desfiladero de la impotencia; no está en nuestras manos el hilo de otras existencias que Dios conduce, pero sí está en nuestras manos su agonía y su dolor.

Por eso nuestras instituciones de salud son a veces injustas; injustas cuando no reconocen nuestra labor; injustas cuando pagan salarios reducidos; in- justas cuando contratan personal menos preparado para pagar menos; son injustas con las horas de trabajo que a veces imponen; son injustas cuando no dan oportunidades de ascenso, ni continuidad en la preparación. Son injus- tas en fin..., cuando no reconocen sus capacidades, su entrega y su labor.

Pero la mayor injusticia y la que más afecta la natural y hasta necesaria altivez profesional, es la consideración frecuente de la Enfermería como profesión complementaria o suplementaria de otras profesiones de la salud. La Enfermería posee bases filosóficas y profesionales con identidad y fun- ciones que le son propias y exclusivas y por lo tanto su terreno, su campo de acción y sus metas, la diferencian y justifican con claridad profesional y práctica.

Un alto porcentaje de enfermeras ha complementado su profesión con otras carreras que hacen posible la comprensión y atención del paciente como un ser que sufre alteración en el ser y en el pensar, como una existencia en trance, cuya personalidad es perturbada en el centro mismo de su sentido vital.

Lo que ayer fue una formación humano-espiritual que se aproximaba a la concepción del paciente como una existencia herida, como un ser en trance de eternidad, fue convirtiéndose mediante una idea paralela, de concepción científica en una necesidad de orden sico-físico, para entender lo patológico mediante la concepción de interrelación cuerpo-siquis, y es allí donde la historia se encuentra haciendo coherente el pasado y el presente.

En nuestra formación se nos repetía constantemente algo que más o menos significaba lo siguiente: "del enfermo por la enfermera se hizo un hombre sano en el cuerpo y en el espíritu".

Por esto, blusas blancas y tocas tienen la sensibilidad de las albas sobre los hombros del sacerdote; cualquier falta a la humanidad en la persona del paciente reviste un carácter de gravedad que demuestra nuevamente que los profesionales de la salud están tocando siempre terreno sagrado; nada tan cerca de la mano de un profesional de la salud que el alma del enfermo, parece ser que la piel rodea más al espíritu que la carne misma, y que esa anatomía particular es una invitación a la caricia de su espíritu, cada vez más sensibilizado por el agotamiento y la impotencia física.

Me gustaría mucho retener mis anécdotas y quedarme en este intrincado problema de los interrogantes que hoy presenta la sociedad a una ciencia médica despersonalizada y fatalmente comercializada, pero debo continuar mi evocación y mi historia.

Como venía relatando, a pesar de que la carrera duraba tres años, prácticamente se hacía en cuatro, pues el estudiante sólo tenía 15 días de vacaciones al año. En un estudio comparativo realizado en 1963, sobre las horas prácticas y teóricas recibidas en Odontología y Enfermería, se observó que eran similares, a pesar de los cinco años del currículo de Odontología; incluso, cuando la estudiante de Enfermería faltaba por cualquier motivo a

la práctica clínica, se la obligaba a pagar esta práctica en turnos de ocho horas los días sábados o los domingos en el hospital.

Los servicios que tuviesen déficit de personal de enfermería eran cubiertos con las estudiantes, sin tener en cuenta si ellas habían visto o no la teoría de la especialidad donde eran ubicadas. En esta forma la alumna (no existían alumnos) adquiría gran destreza y habilidad en los procedimientos generales, pero tenía un inmenso vacío científico; era, de hecho, una profesión muy empírica.

Lógicamente este aspecto no era muy cuestionado por los médicos, quienes admiraban a la “Horniguita” que bañaba pacientes, tendía camas, ponía patos, tomaba muestras de laboratorio, aplicaba drogas, hacía curaciones, daba apoyo a los pacientes y le quedaba tiempo para servirle el tinto al “doctor”.

En la Sala de Sagrado Corazón (ortopedia de hombres) la estudiante debía practicar cuatro tipos de baño: el matinal, el parcial, el general y el de cabeza. Cuando ya había realizado los cuatro en un solo paciente, pasaba al siguiente y, a la hora, ya “Ismael” estaba completamente embadurnado de aquello que los escritores cultos suelen mencionar con eufemismos. Había que volver a empezar.

No existían instructoras permanentes de las estudiantes durante su práctica; las enfermeras jefes de sala se encargaban de dirigir las; lógicamente éstas no poseían una preparación docente: por lo tanto su exigencia profesional era sólo de tipo práctico. Recuerdo vívidamente, que a las estudiantes se nos llamaba a la Facultad a las dos o tres de la tarde, horario para recibir la teoría, y se nos hacía regresar al servicio donde habíamos realizado la práctica clínica en la mañana, porque habíamos dejado mal colgada la toallita de baño de uno de los pacientes o no habíamos lavado bien la *ponchera* de baño.

Era tan empírica la profesión, que sucedían casos insólitos de desconocimiento. Me permito recordar hechos tan elementales como estos: en la Sala ortopedia de mujeres, la instructora, hermana San Juvenal, reunió a las estudiantes y les dijo: “señoritas, algo sucede en este servicio con los exá-

menes de sangre que se han tomado, pues desde ayer llaman del laboratorio clínico a informar que las muestras tomadas aquí llegan coaguladas". Una de las estudiantes le respondió: "¡Pues muy raro hermana, cómo le parece que hasta yo me he puesto en el trabajo de lavar los frascos que vienen todos sucios con un polvo blanco!" Para los profanos, ese polvo es el anticoagulante.

En otra ocasión, a una estudiante le ordenaron aplicarle oxígeno a un paciente neurológico. Como a la media hora el paciente se encontraba con gran distensión abdominal; los médicos que fueron informados no encontraban la causa de la misma, hasta que el jefe del servicio, después de ser consultado pasó a revisarlo. Con una voz ronca y atronadora preguntó: "¿Quién fue la torpe que colocó este oxígeno?" Se lo habían conectado a la sonda nasogástrica y ésta era la causa de tal distensión. En su gran mayoría los errores no eran graves, pero sí causa de vergüenza y angustia para quienes los habían cometido.

Estas anécdotas tienen valor histórico por cuanto prueban dos cosas: no hay duda de que nuestra profesión se ha tecnificado, de que hoy en día, de Escuela a Facultad hay no sólo el hecho de distinguir un anticoagulante de un polvo accidental, sino el cambio de concepción de enfermera empíricamente activa y sumisa, por el de enfermera científicamente eficaz y autónoma; de otro lado, quizás lo que se ha ganado en superación y eficacia se ha perdido en disciplina y abnegación; valdría la pena tratar de explicar lo que, en ideas fundamentales, significaría reunir ese binomio tan importante, preservando la virtud más allá de la conquista de lo científico y profesional.

La disciplina y formación de ese entonces eran rigidísimas; ninguna enfermera de aquella época podría olvidar las famosas "destocadas", como tampoco los médicos de entonces, que estaban muy informados al respecto. Consistía en que a la estudiante que cometiese una falta, dentro o fuera de la institución hospitalaria, se le quitaba la toca durante un tiempo y de acuerdo con la gravedad de la misma. Esto causaba gran turbación pues la culpada advertía risas burlonas del personal, o escuchaba la pregunta insistente de los estudiantes de medicina. "¿Qué hiciste para que te *destocaran*?" Dentro de las causales más comunes de destocamiento estaban: sa-

ludar de mano a un médico o a un hombre dentro del hospital; viajar en carro en el asiento delantero cuando quien lo conducía era un hombre (así fuese el padre o un hermano); tomar tinto o comer en los puestos de enfermería; reírse a carcajadas en los servicios; fumar, sin quitarse la toca en lugares distintos de la pieza de descanso. En este sentido cabe destacar que este hecho se volvió tan instintivo que quienes fumaban se la quitaban hasta en el hogar.

Una causa frecuente de *destocamiento* (obsérvese su conversión en verbo) era comer leche en polvo en el lactario del Hospital Infantil, sitio donde las estudiantes preparaban los teteros para los niños hospitalizados; allí las instructoras las pillaban “embutidas” de leche. Por el temor de ser descubiertas se atragantaban de polvo o la esparcían por toda la habitación en un ataque de risa nerviosa.

Hoy todas estas historias nos parecen insólitas, increíbles, casi absurdas. Sin embargo, no recuerdo rebeldía alguna por parte de las estudiantes de aquel tiempo; aceptaban sin discusión el castigo impartido. Vuelve mi espíritu a reconocer en la anécdota el hilo de la historia; lo que hoy nos hace reír, lo que hoy es considerado caverna y tiranía, lo que hoy ni yo misma puedo comprender, porque a mí también me ha robado la vida su inocencia, fue ayer la expresión de una concepción de la enfermería y del ser humano que es imposible de entender, si no se mira con los ojos del candor de un niño. La enfermería era una profesión decididamente candorosa, en una Escuela elementalmente candorosa, para unas alumnas necesariamente candorosas y, quien no lo acepte, tendrá que demostrar la ilegitimidad del candor. Nuestra Escuela era así. Si hoy ha avanzado, si es más profesional, más científica, más universal, es porque maduró sobre conciencias limpias, que fueron consencuentes con su tiempo y que por eso mismo fueron semilleros de su historia; todo principio es por naturaleza grandiosamente elemental.

El ambiente de la Escuela, a pesar de su rigidez, era de gran alegría y camaradería. Existía verdadera y sincera amistad. Se organizaban bailes –repichingas o recochas en ese tiempo– y paseos con los médicos. Esto propició el matrimonio de muchos de estos profesionales de la salud. Recuerdo que, como en aquel entonces existía internado para las estudiantes de

otras regiones del país, sobre todo de la costa Atlántica, teníamos que ingeniar una serie de trucos para que ellas pudiesen asistir a las fiestas y paseos.

Recuerdo también cómo realizábamos en las piezas de las internas sesiones de espiritismo, hecho que estuvo de moda en aquellos años y que no pasaba de ser un acto ingenuo, al que se le daba más el interés de juego y chanza que de credibilidad. En alguna oportunidad, se encontraban algunas estudiantes haciendo el consabido juego, mientras se celebraba misa en el primer piso donde quedaba la capilla. De pronto, el vaso empezó a moverse rápidamente, y el “espíritu” les dio el siguiente mensaje: “Ustedes hacen mal molestando a los espíritus, déjenlos tranquilos y váyanse a misa que bastante la necesitan”. Todas salieron corriendo. Seguramente la que actuaba de médium, se sentía culpada, y dirigió el vaso hasta conformar aquella frase.

Toco con esta anécdota un terreno bien importante en el campo ético-religioso dentro de nuestro proceso histórico. No sé si ahora se pueda hablar de espiritismo entre nuestras alumnas, pero tampoco sé si dejar de ir a misa les traiga remordimientos; de lo que sí estoy segura es de que la formación se ha secularizado y así como lo científico suplantó a lo empírico, lo material desplazó el espíritu. Es posible que mientras el fenómeno técnico se comparte en un plano social y se aprende desde el rigor de la cátedra, el valor espiritual se viva sólo en el misterio y la intimidad personal; hablar de Dios no “está de moda” y existe un complejo colectivo, con excepciones individuales, que no permite la “valentía” del Evangelio.

Compartir tan cercanamente tres años, hizo que muchas de nosotras, aún hoy, conservemos gran amistad. Algunas, en el transcurso de estos años, han afrontado crisis de soledad, desamor, muerte y violencia; estas crisis han sido superadas, sin embargo, en la medida en que el legado de valores que nos fue dado en el hogar, la escuela y aun en la universidad contenían un sentido trascendente de la vida. Precisamente, porque el hombre de hoy no ha entendido la trascendencia de la idea de muerte y de la eternidad, es por lo que se ha recortado y empobrecido su riqueza axiológica. Este legado de valores que nos fue otorgado, nos ha mantenido alejadas del mundo, en todo lo que él tiene de superficial, de absurdo, de inútil y violento.

Entendimos, además, que los problemas, los obstáculos, las dificultades son parte de ese trasegar, de ese regalo de vida que Dios nos otorga y que deben afrontarse con sentido espiritual. Porque: ¿No se han encontrado muchos hombres con su Dios en las grandes crisis de su vida?

Si el joven de hoy, prácticamente sumergido en un mundo deshumanizado y materialista, donde prima el dios dinero, la pornografía, el sexo, el sibaritismo y la falta de compromiso, no se le vuelve a conducir hacia una escala de valores éticos, morales y religiosos, en el hogar, la escuela y la universidad, la sociedad colombiana seguirá inmersa en la violencia y la muerte.

Pero, no sólo lo anecdótico puede explicar la historia y permitirnos analizarla y entenderla. Nosotras mismas somos parte de ella y nuestra trayectoria personal elabora misteriosamente su significado. Hace 25 años trabajo en mi profesión; al comienzo lo hice en el área asistencial, posteriormente en la docencia.

Dando un vistazo interior a lo que ha sido esa trayectoria profesional, debo reconocer con sinceridad, pero al mismo tiempo desposeída de toda altivez, que mi vida ha sido una constante lucha y preocupación, buscando especialmente una dimensión de eficacia y responsabilidad.

Esta constante no sólo ha significado un trabajo de permanente actualización y estudio, sino una verdadera lucha contra factores extraños que existen en todas las instituciones, que muchas veces escapan al mundo racional y son producto de hechos humanos; urdimbres tejidas por la fragilidad de quienes conformamos las instituciones y que infortunadamente son objetivamente indescifrables.

Quiero profundamente mi profesión. Si tuviese 18 años la volvería a escoger. Ella me ha brindado las más grandes satisfacciones en el campo espiritual. Sé que no he sido la más humana de las enfermeras. Muchas veces olvidé el mandamiento más hermoso que Dios nos legó: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Olvidé colocar mi mano sobre la piel febril de un enfermo; caminar suavemente para no perturbar el sueño de mis pacientes; consolar a una madre angustiada por la pérdida de su hijo. Pero hoy, en la

formación que doy a mis estudiantes, trato de insistir sobre estos aspectos, para que ellos lo practiquen mejor que yo. Además, porque soy una convencida de que la gran diferencia de la universidad de hoy y la de ayer, la constituye la formación; no la académica, que posiblemente ha mejorado; me refiero al docente, a aquel maestro que hoy hace parte de la universidad y que ha olvidado su verdadera dimensión formativa.

El maestro de hoy ha olvidado el papel trascendente que le corresponde cumplir en su tiempo y en su civilización. Ha olvidado que la educación es un resultado del amor, lo mismo que la vida. Ha olvidado que la función educadora no se realiza plenamente en la simple transmisión de ideas, sino en la transmisión de valores. Precisamente, porque no ha entendido claramente la relación maestro-alumno, se ha recortado la riqueza que este encuentro puede significar para el alumno y la sociedad.

La enfermera-maestra, más que nadie, debe invitar a su alumno a descubrirse plenamente; no convirtiéndose en una tirana que impone, ni absorbiendo la personalidad que madura, ni mucho menos haciendo alumnos a su imagen y semejanza. Su verdadera influencia está en la amistad respetuosa, no la "amiga bacana" que compra la sinceridad y evita el conflicto, vendiendo la conciencia, para no ser juzgada; para conseguir relaciones fáciles, en las que no actúa el cincel formativo y la incisiva "incomodidad" de los valores dignos de exigir y predicar.

La verdadera influencia de una amistad respetuosa es la que nos anima a terminar el esbozo, el germen de personalidad de cada alumno porque, así lleguen ellos a la universidad con un bagaje inmenso de conocimientos y con gran parte de su propia axiología elaborada, el ser humano será siempre un ser inacabado, un estar siendo, susceptible de ser mejor y, es en la universidad, paso definitivo de sus vidas, donde se encuentran con la realidad, con la vida misma, con el presente y con el futuro, para los cuales el colegio les había construido un protector invemadero.

La relación maestro-alumno no puede entenderse como una correspondiente activo-pasiva. La verdad, que es el lazo que une a aquellos, no siempre es una entrega unilateral. El maestro transmite la verdad o ayuda a encontrarla en sí mismo al alumno, pero esta verdad vuelve a él enriquecida por

la capacidad que tiene el alumno de contribuir a su belleza, claridad, extensión y comprensión.

Cuando hablo de una Facultad distinta, me refiero a ese legado de valores que nos fue entregado. Al amor y respeto que lograron inculcarnos por nuestra profesión. Al sentido trascendente que le dieron a todas nuestras acciones y comportamientos. A ese compromiso con los valores éticos y morales, no sólo de nuestra profesión, sino de la vida en su totalidad.

A nuestra Facultad de hoy, a nuestra Universidad, le hace falta calor humano. Precisamente porque ha pretendido ser una simple transmisora de ideas. La calidad conceptual, la academia, la investigación, las innovaciones administrativas, las políticas progresistas, no han ido de la mano con la incommovible esencialidad de los principios. La Universidad ha sido agresiva y valiente en cada momento de su historia, pero no ha tenido el coraje de avanzar sin dejar rezagados los valores del espíritu, sin los cuales el hombre es un ser recortado e incompleto.

Los alumnos se retiran de ella atiborrados de conocimientos, pero con una impresionable frialdad en el corazón. Las verdades que así comunicamos no tienen fuerza para poner el espíritu del alumno en un movimiento vital. Por ello, mientras los conocimientos se perfeccionan, los maestros somos fatalmente olvidados. Porque la ciencia recibida de nosotros podrá ser algún día incluso, cuestionada y superada, en tanto la conciencia, el corazón y el espíritu, descubrirán nuestra pobre fecundidad magisterial en ese terreno de los valores.

Los valores estéticos, éticos, morales, se han constituido en mero adorno de la lección cotidiana. Como no son vividos por una gran fracción del profesorado, tampoco pueden ser comunicados ni ejemplarizados.

A la filosofía de nuestra Facultad le hace falta identidad; no seduce el intelecto, ni atrae el corazón. Se preocupa más por la enfermedad como tal, que por la persona, base fundamental de nuestra misión. Tiene un enfoque materialista, pues no se contempla, como lo he afirmado en algunas oportunidades, ningún esquema de valores. No hay preocupación de la profesión por el ser humano como un *ser integral*.

Si los pilares básicos de la formación profesional, y la conceptualización de la misma están falseados, definitivamente fallará el profesional que de ella egrese.

Elaborar una filosofía sencilla, es de verdad complicado, pero deberíamos arriesgarnos en aras de una pedagogía de realidades. Debemos hacer un acto de profunda reflexión para entender nuestra hora y nuestra historia, porque como dice P. Valery: "No se puede apostar un céntimo por el futuro de un pueblo que no tiene ningún respeto por su pasado". Debemos rescatar las virtudes del ayer, sin olvidar las conquistas de hoy y los retos del mañana. Descubrir entre la anécdota de ayer el espíritu de los hechos, sin quedarnos con la sonrisa por los hechos mismos, ha sido la razón de ser de esta evocación personal. He tratado de recordar el pasado, conducida de la mano de circunstancias quizás aparentemente banales y graciosas, pero he tratado también de encontrar en ellas el pasado con toda su carga de significación conceptual y filosófica. He querido enjuiciar el presente en lo que él tiene de inconsistente; en sus aciertos y sus valores: "Todo lo de ayer no fue mejor", pero sí: "Todo lo de hoy debe ser mejor"; tendrá que serlo en la medida en que el avance, el progreso, la ciencia, la técnica, los nuevos retos del saber, sean capaces de conservar y formar a nuestros alumnos en la *angusta esencialidad* de los valores y los principios que no admiten ni relatividad, ni paso del tiempo. Con las virtudes de ayer, con el avance de hoy y con una capacidad y una gran pasión por otear y conquistar el porvenir, nuestra Facultad será una Facultad distinta en un tiempo distinto. Sí, distinta pero sobre todo mejor.